

Universidad y Revolución

1968 fue un año intenso y dramático. La rebelión ahora estalló merced a los jóvenes universitarios de Francia, concretamente de París. Fue un impresionante movimiento revolucionario que se extendió por diversas partes del planeta: Estados Unidos, México, Corea del Sur, Alemania Praga... En México las primeras noticias frescas y trascendentes, nos llegaron por Carlos Fuentes, quien estaba en París en esos momentos dramáticos en que los jóvenes mostraban una nueva ruta revolucionaria, inventaban frases agudas sobre los beneficios de la rebeldía y montaban barricadas en las calles para frenar la brutalidad policiaca. El filósofo Jean-Paul Sartre buscaba en la nueva opción, una salida al anquilosamiento del marxismo europeo y proponía abiertamente no sólo la autogestión sino una alianza novedosa entre estudiantes y obreros para avanzar en la lucha por el poder.

El Partido Comunista y el Partido Socialista no parecían entender el naciente fenómeno. La represión se acentuaba y para el bloque socialista, que ya crujía de anquilosamiento, aquello era una desviación, revisionismo e infantilismo. Anarquismo, en una palabra. Los estudiantes no conforman jamás una clase social homogénea. Sin embargo la batalla se llevó a cabo y en algunos casos fue feroz, como en México, donde hubo más de quinientos muertos a causa de la represión del presidente Díaz Ordaz.

Hoy las escenas de aquellas formidables manifestaciones, la fuerza irresistible de la transformación revolucionaria, se han quedado en libros y fotografías, en documentales, todos incapaces de reflejar la tensión del 68. Dos de los grandes personajes del movimiento, el dirigente estudiantil Daniel Cohn-Bendit y el literato y filósofo Jean-Paul Sartre conversaron largamente sobre las posibilidades revolucionarias que tendría una alianza entre jóvenes universitarios y obreros. Era tal vez la chispa que encendería la revolución que verdaderos marxistas y anarquistas serios buscaban.

En estas páginas encontraremos algunas de las ideas revolucionarias básicas del 68 francés.

El Búho

Conversación de Jean Paul Sartre con Daniel Cohn Bendit

R. JEAN-PAUL SARTRE. *En algunos días, sin que haya sido lanzada una orden de huelga general, Francia fue prácticamente paralizada por los paros de trabajo y las ocupaciones de fábricas. Todo esto por que los estudiantes se hicieron dueños de la calle en el Barrio Latino. ¿Cuál es su análisis del movimiento que ustedes desencadenaron? ¿Hasta dónde puede llegar?*

DANIEL COHN-BENDIT. El movimiento tomó una extensión que nosotros no podíamos prever al principio. El objetivo, ahora, es la caída del régimen. Pero no depende de nosotros el que esto sea alcanzado o no. Si verdaderamente éste fuera el objetivo del

Para la Memoria Histórica

(Archivo coleccionable)

Jean Paul Sartre

Partido Comunista, de la CGT y de las otras centrales sindicales, no habría problema: el régimen



caería en quince días porque no hay nada qué oponer a una prueba de fuerza impuesta por todas las fuerzas obreras.

SARTRE. Por el momento hay una desproporción evidente entre el carácter masivo del movimiento de huelga, que permitiría en efecto un enfrentamiento directo con el régimen, y las reivindicaciones a pesar de todo limitadas —salariales, organización del trabajo, jubilación, etc.— presentadas por los sindicatos.

COHN-BENDIT. Siempre ha habido una grieta, en los combates obreros, entre el vigor de la acción y las reivindicaciones iniciales. Pero puede suceder que el éxito de la acción, el dinamismo del movimiento, modifique sobre la marcha la naturaleza de las reivindicaciones. Una huelga desencadenada para lograr una conquista parcial puede transformarse en movimiento insurreccional.

Dicho esto, algunas de las reivindicaciones presentadas ahora por los trabajadores van muy lejos:

la semana de cuarenta horas *real*, por ejemplo, y en la Renault el salario mínimo de 1 000 francos por mes. El poder degaullista no puede aceptarlas sin desprestigiarse totalmente y, si se resiste iría al enfrentamiento. Supongamos que los obreros también ofrecen resistencia y que el régimen cae. ¿Qué sucedería? La izquierda llega al poder. Todo dependerá entonces de lo que ella haga. Si cambia realmente el sistema —confieso que dudo de ello—, obtendrá apoyo y todo irá bien. Pero si sube, con o sin los comunistas, un gobierno a la Wilson, que proponga sólo reformas y reajustes menores, la extrema izquierda retomará fuerza y será necesario continuar planteando los verdaderos problemas de gestión de la sociedad, de poder obrero, etcétera.

Pero no hemos llegado a ese punto y de ninguna manera es seguro que el régimen va a caer.

SARTRE. Hay casos, cuando la situación es revolucionaria, en que un movimiento como el de ustedes no se detiene; pero sucede también que



Jesús Anaya

el ímpetu decae. En este caso hay que intentar ir lo más lejos posible antes de que se detenga. En su opinión, ¿qué puede resultar de irreversible del movimiento, suponiendo que se detenga pronto?

COHN-BENDIT. Los obreros obtendrán la satisfacción de un cierto número de reivindicaciones materiales y se operarán reformas importantes de la Universidad por iniciativa de las tendencias moderadas del movimiento estudiantil y de los profesores. No serán las reformas radicales que nosotros deseamos, pero obtendremos de todas maneras un cierto peso: haremos proposiciones precisas y seguramente se aceptarán algunas porque no se osará rechazarnos todo. Será progreso, claro está, pero nada fundamental se habrá cambiado y continuaremos impugnando al sistema en su conjunto.

De 1848 A 1968

De todas maneras, yo no creo que la revolución sea posible así, de un día para otro. Yo creo que sólo se pueden obtener arreglos sucesivos, más menos importantes, pero que estos arreglos solo podrán ser impuestos por acciones revolucionarias. Aquí es donde el movimiento estudiantil, que por lo menos desembocará en una reforma importante de la Universidad, incluso si pierde provisionalmente su energía, toma un valor de ejemplo para muchos jóvenes trabajadores. Utilizando los medios de acción tradicionales del movimiento obrero —la huelga, la ocupación de la calle y de los lugares de trabajo—, hicimos saltar el primer obstáculo: el mito según el cual “todo es imposible contra este régimen”. Nosotros probamos que ello no era verdad. Y los obreros utilizaron la brecha que queda abierta. Quizá esta vez no lleguen hasta el final. Pero habrá otras explosiones más tarde. Lo importante es que se dio una demostración de la eficacia de los métodos revolucionarios.

La unión entre los estudiantes y los obreros sólo se puede hacer dentro de la dinámica de la acción, si el movimiento de los estudiantes y el de los trabajadores guarda cada uno su ímpetu y convergen hacia un mismo objetivo. Por el momento existe una desconfianza natural y comprensible entre los obreros.

SARTRE. Esta desconfianza no es natural, es adquirida. No existía a principios del siglo diecinueve y sólo apareció después de las masacres de junio de 1848. Antes, los republicanos —que eran

intelectuales y pequeñoburgueses— y los obreros marchaban juntos. En adelante nunca más se intentó esta unión, incluso en el Partido Comunista, que siempre separó cuidadosamente a los obreros de los intelectuales.

COHN-BENDIT. De todas maneras pasó algo durante esta crisis. En Billancourt, los obreros no dejaron a los estudiantes entrar en la fábrica. Pero el hecho de que los estudiantes hayan ido a Billancourt es nuevo e importante. De hecho, hubo tres etapas. Primero, la desconfianza abierta no sólo de la prensa obrera sino del medio obrero. Se decían: “¿Qué tienen estos hijos de papá, que vienen a fastidiarnos?” Y luego, después de los combates en la calle, después de la lucha de los estudiantes contra la policía, este sentimiento desapareció y la solidaridad se dio efectivamente.

Ahora estamos en una tercera etapa: los obreros y los campesinos han entrado a su vez en lucha, pero nos dicen: “¡Esperen un poco, queremos llevar nosotros mismos nuestro propio combate!” Es normal. La unión sólo podrá hacerse más tarde, si los dos movimientos, el de los estudiantes y el de los obreros, guardan su ímpetu. Después de cincuenta años de desconfianza, no creo que lo que se llama el “diálogo” sea posible. No se trata solamente de hablar. Es normal que los obreros no nos reciban con los brazos abiertos. El contacto sólo se establecerá si combatimos juntos. Por ejemplo, se pueden crear grupos de acción revolucionaria comunes, en los cuales obreros y estudiantes planteen problemas juntos y actúen juntos. Hay lugares donde esto irá bien y otros donde no podrá darse.

SARTRE. El problema sigue siendo el mismo: arreglos o revolución. Como usted lo dijo, todo lo que ustedes hacen con violencia es recuperado por los reformistas de manera institucional. La Universidad, gracias a la acción de ustedes, será reformada, pero dentro del marco de la sociedad burguesa.

COHN-BENDIT. Evidentemente, pero creo que es la única manera de avanzar. Tomemos por ejemplo los exámenes. Tendrán lugar, esto no está en discusión. Pero seguramente no se llevarán a cabo como antes. Se encontrará una fórmula nueva. Y si una sola vez se hacen de manera desacostumbrada, se entrará en un proceso de reforma que será irreversible. Yo no sé hasta dónde llegará esto; sé que se hará lentamente, pero es la única estrategia posible.

Para mí, no se trata de hacer metafísica y buscar cómo se hará “la revolución”. Creo, ya lo he dicho, que vamos más bien hacia un cambio perpetuo de la sociedad, provocado en cada etapa por acciones revolucionarias. El cambio radical de las estructuras de nuestra sociedad sólo sería posible si se diera conjuntamente, por ejemplo, la convergencia de una crisis económica grave, la acción de un poderoso movimiento obrero y de una fuerte acción estudiantil. Actualmente estas condiciones no están reunidas. Lo más que se puede esperar es hacer caer al gobierno. Pero no se puede soñar en hacer estallar a la sociedad burguesa. Esto no quiere decir que no haya nada por hacer: al contrario, es preciso luchar paso a paso, a partir de un cuestionamiento global.

La cuestión de saber si todavía puede haber revoluciones en las sociedades capitalistas desarrolladas y lo que se debe hacer para provocarlas verdaderamente no me interesa. Cada uno tiene su teoría. Algunos dicen; las revoluciones del Tercer Mundo son las que provocarán el hundimiento del mundo capitalista. Otros: gracias a la revolución en el mundo capitalista podrá desarrollarse el Tercer Mundo. Todos los análisis están más o menos fundados pero, en mi opinión, no tienen mayor importancia.

Veamos lo que acaba de suceder. Desde hacía tiempo mucha gente buscaba el mejor medio de hacer explotar al medio estudiantil. Finalmente, nadie lo encontró y fue una situación objetiva la que provocó la explosión. Hubo, por supuesto, la acción precipitadora del gobierno —la ocupación de la Sorbona por la policía—, pero es evidente que este error monumental no está solo en el origen del movimiento. La policía ya había entrado en Nanterre algunos meses antes, y esto no había desatado ninguna reacción en cadena. Esta vez hubo una que nadie pudo detener, lo que permite analizar el papel que puede desempeñar una minoría en acción.

Lo que sucede desde hace dos semanas constituye en mi opinión una refutación de la famosa teoría de las “vanguardias revolucionarias”, consideradas como las fuerzas dirigentes de un movimiento popular. En Nanterre y en París simplemente hubo una situación objetiva, nacida de lo que se llama de una manera vaga “el malestar estudiantil” y de la voluntad de acción de una parte de la juventud, asqueada por la inacción de las clases

en el poder. La minoría en acción pudo, porque era teóricamente más consciente y mejor preparada, encender el detonador y abrir una brecha. Pero es todo. Los demás podían seguir o no seguir. Se da al caso de que siguieron. Pero, en lo que siguió, ninguna vanguardia, ya fuera la Unión de Estudiantes Comunistas, la Juventud Comunista Revolucionaria o los marxistas-leninistas, pudo tomar la dirección del movimiento. Sus militantes han participado en las acciones de manera determinante, pero han estado sumergidos en el movimiento. Se les encuentra en los comités de coordinación, donde su papel es importante, pero nunca se ha dado el caso de que alguna de estas vanguardias represente un papel de dirección.

MÁS DE VANGUARDIA

Es el punto esencial. Esto muestra que es necesario abandonar la teoría de “la vanguardia dirigente” para adoptarla mucho más simple, mucho más honesta, de la minoría en acción que desempeña un papel de fermento permanente, empujando a la acción sin pretender dirigir. De hecho, aunque nadie quiera admitirlo, el partido bolchevique no “dirigió” la revolución rusa. Fue llevado por las masas. Pudo elaborar la teoría sobre la marcha, dar impulsos en un sentido o en otro pero no desató, por sí solo, un movimiento que fue en gran parte espontáneo. En ciertas situaciones objetivas —ayudada por las acciones de una minoría actuante— la espontaneidad vuelve a encontrar su lugar en el movimiento social. Ella es la que permite el empuje hacia adelante, y no las consignas de un grupo dirigente.

SARTRE. Lo que mucha gente no comprende es que ustedes no traten de elaborar un programa, de dar a su movimiento una estructura. Les reprochan el intentar “romper todo” sin saber —en todo caso sin decir— lo que quieren poner en el lugar de lo que destruyen.

COHN-BENDIT. ¡Evidentemente! Todo el mundo estaría asegurado, y Pompidou el primero, si fundáramos un partido anunciando: “Todas estas gentes están ahora con nosotros. Éstos son nuestros objetivos y así es como pensamos alcanzarlos...” Sabrían así con quién tienen que vérselas y podrían encontrar el modo de parar el movimiento. Ya no tendrían frente a sí “la anarquía”, “el desorden”, “la efervescencia incontrolable”.

La fuerza de nuestro movimiento está justamente en que se apoya en una espontaneidad

“incontrolable”, que da el impulso sin intentar canalizar, utilizar en su provecho la acción que ha desencadenado. Actualmente, para nosotros, existen dos soluciones. La primera consiste en reunir cinco personas que tengan una buena formación política y en pedirles que redacten un programa, que formulen reivindicaciones inmediatas que parezcan sólidas, y decir: “¡Ésta es la posición del movimiento estudiantil, hagan con él lo que quieran!” Es la mala. La segunda consiste en tratar de hacer comprender la situación no a la totalidad de los estudiantes ni tampoco a la totalidad de los manifestantes, sino a un gran número de ellos. Para esto es preciso evitar crear inmediatamente una organización, definir un programa, que serían inevitablemente paralizantes. La única oportunidad del movimiento es justamente este desorden que permite a la gente hablar libremente y que puede desembocar en una cierta forma de autoorganización. Por ejemplo, ahora es necesario renunciar a los mítines espectaculares y llegar a formar grupos de trabajo y de acción. Esto tratamos de hacer en Nanterre.

Una vez que la palabra ha sido repentinamente liberada en París, es preciso primero que la gente se exprese. La gente dice cosas confusas, vagas, a menudo sin interés porque se las ha oído ya cien veces, pero eso le permite, después de haber hablado, plantearse la pregunta: “Y ¿ahora?” Solamente en ese momento se podrá hablar de programa y de estructuración. Planteamos desde ahora la pregunta: “¿Qué van a hacer para los exámenes?”, es querer que el pez se ahogue en el agua, es sabotear el movimiento, interrumpir su dinámica. Los exámenes tendrán lugar y nosotros haremos nuestras proposiciones, pero que se nos deje un poco de tiempo. Es preciso primero hablar, reflexionar, buscar fórmulas nuevas. Las encontraremos. Pero no ahora.

UN REINGRESO CATASTRÓFICO

SARTRE. El movimiento estudiantil, usted lo dijo, está ahora en su punto culminante. Pero se acercan las vacaciones; va a haber un aflojamiento, sin duda un retroceso. El gobierno lo aprovechará para hacer reformas. Invitará a estudiantes a participar en ellas y muchos aceptarán, ya sea diciendo: “Nosotros sólo queremos reformismo”, o: “Esto es sólo reformismo, pero es mejor que nada y nosotros lo hemos obtenido por la fuerza”. Ustedes tendrán pues una Universidad transformada, pero los cambios pueden muy bien no ser más que superficiales,



Javier Gomesoto

dirigidos sobre todo al mejoramiento de los equipos materiales, de los locales, de los restaurantes universitarios. Todo esto no cambiaría nada en la base del sistema éstas son reivindicaciones que el gobierno podría satisfacer sin poner en cuestión el régimen. ¿Piensan ustedes obtener "arreglos" que introduzcan realmente elementos revolucionarios en la Universidad burguesa, que por ejemplo hagan que la enseñanza dada en la Universidad entre en contradicción con la fundación principal de la Universidad en el régimen actual: la formación de cuadros bien integrados en el sistema?

COHN-BENDIT. Primero, las reivindicaciones puramente materiales pueden tener un contenido revolucionario. En cuanto a los restaurantes universitarios, nosotros tenemos reivindicación que van al fondo. Pedimos su supresión en tanto

que restaurantes universitarios. Es necesario que se transformen en restaurantes de la juventud donde todos los jóvenes puedan comer por 1.40 francos. Y nadie puede rechazar esto: si los jóvenes trabajadores trabajan en el día, no veo por qué en la noche no deban cenar por 1.40 francos. Igualmente con las ciudades universitarias: pedimos que se transformen en ciudades para la juventud. Hay muchos jóvenes obreros, jóvenes aprendices que ya no desean vivir con sus padres pero que no pueden tomar un cuarto porque cuesta 300 francos por mes; que se les acoja en las ciudades, donde la renta es de 90 a 100 francos. Y los hijos de familia que estudian derecho o ciencias políticas irán a otra parte.

En el fondo, yo no creo que las reformas que podrá hacer el gobierno bastarán para desmovilizar



Luis Garzón

a los estudiantes. Las vacaciones evidentemente marcarán un retroceso, pero no “romperán” el movimiento. Algunos dirán: “Erramos el golpe”, sin tratar de explicar lo que pasó. Otros dirán: “La situación no estaba madura”. Pero muchos de los militantes comprenderán que es necesario capitalizar lo que acaba de pasar, analizarlo teóricamente, prepararse para retornar la acción con el reingreso. Porque el reingreso será catastrófico, cualesquiera que sean las reformas del gobierno. Y la experiencia de la acción desordenada, involuntaria, provocada por el poder, que acabamos de llevar a cabo, nos permitirá hacer más eficaz la acción que podría desencadenarse en el otoño. Las vacaciones permitirán a los estudiantes explicarse sus propios avances, manifestados en esos quince días de crisis, y reflexionar sobre lo que quieren y pueden hacer.

En cuanto a la posibilidad de que la enseñanza impartida en la Universidad se transforme en una “contraenseñanza” que fabrique no ya cuadros bien integrados sino revolucionarios, es una esperanza que me parece un poco idealista. La enseñanza burguesa, incluso reformada, fabricará cuadros burgueses. La gente será integrada en el engranaje del sistema. Lo mejor que puede pasar es que se vuelvan miembros de una izquierda bienpensante, pero objetivamente permanecerán como engranajes que aseguran el funcionamiento de la sociedad.

Nuestro objetivo es lograr llevar a cabo una “enseñanza paralela”, técnica e ideológica. Se trata de llevar adelante la Universidad nosotros mismos, sobre bases enteramente nuevas, incluso si esto no dura más que algunas semanas. Haremos un llamado a los profesores de izquierda y de extrema izquierda que están dispuestos a trabajar con nosotros en seminarios y en ayudarnos con su saber—renunciando a su posición de “profesor”— en la búsqueda que nosotros llevamos a cabo.

Podemos abrir seminarios en todas las facultades—no cursos magisteriales, evidentemente— sobre los problemas del movimiento obrero, sobre la utilización de la técnica al servicio del hombre, sobre las posibilidades que ofrece la automatización. Y todo esto no desde el punto de vista teórico (actualmente no hay un solo libro de sociología que no comience con la frase: “Es necesario poner la técnica al servicio del hombre”), sino planteando problemas concretos. Esta enseñanza evidentemente tendría una orientación contraria

a la del sistema, y la experiencia no podría durar mucho tiempo: el sistema reaccionaría y el movimiento decaería. Pero lo importante no es elaborar una reforma de la sociedad capitalista, sino realizar una experiencia que rompa completamente con esta sociedad, una experiencia que no dure pero que deje entrever una posibilidad: se percibirá fugitivamente. algo que luego se apagará. Pero ello bastará para probar que ese algo puede existir.

No esperamos hacer una Universidad de tipo socialista en nuestra sociedad, porque sabemos que la función de la Universidad permanecerá igual en tanto que no cambie el sistema entero. Pero creemos que puede haber momentos de ruptura en la cohesión del sistema y que se los puede aprovechar para abrir brechas en él.

SARTRE. Esto supone la existencia permanente de un movimiento “auti-institucional” que impida petrificarse a las fuerzas estudiantiles. En efecto, lo que ustedes pueden reprocharle a la UNEF es ser un sindicato, es decir, una institución forzosamente esclerótica.

COHN-BENDIT. Lo que nosotros le reprochamos sobre todo es ser, por sus formas de organización, incapaz de impulsar una reivindicación. La defensa de los intereses de los estudiantes es por otra parte una cosa muy problemática. ¿Cuáles son sus “intereses”? Los estudiantes no constituyen una clase. Los trabajadores, los campesinos, forman una clase social y tienen intereses objetivos. Sus reivindicaciones son claras y se dirigen al patronato, a los representantes de la burguesía. ¿Pero los estudiantes? ¿Quiénes son sus “opresores sino el sistema entero?

NUEVOS MEDIOS

SARTRE, En efecto, los estudiantes no son una clase. Se definen por una edad y por una relación con el saber. El estudiante es alguien que, por definición, algún día debe dejar de ser estudiante; y esto en cualquier sociedad, incluso de aquella con la que soñamos.

COHN-BENDIT. Eso es justamente lo que es necesario cambiar. En el sistema actual se dice: existen los que trabajan y los que estudian. Y así se permanece en una división, incluso inteligente, del trabajo social. Pero es posible imaginar otro sistema donde todo el mundo trabaje en las tareas de producción—reducidas al máximo gracias a los progresos técnicos— y donde cada uno tenga la

posibilidad de seguir paralelamente estudios continuos Es el sistema del trabajo productivo y del estudio simultáneos.

Evidentemente habrá casos particulares: no se puede estudiar matemáticas muy adelantadas, o medicina, y al mismo tiempo ejercer otra actividad. No se trata de instituir reglas uniformes. Pero el principio de base es el que debe ser cambiado. Es necesario rechazar, desde el principio, la distinción entre estudiante y trabajador.

Claro que todo esto no se hará mañana, pero ha comenzado algo que necesariamente continuará.

SARTRE. Lo que hay de interesante en la acción de ustedes es que lleva la imaginación al poder. Ustedes tienen una imaginación limitada, como todo el mundo, pero tienen muchas más ideas que sus padres. Nosotros estamos formados de tal manera que tenemos una idea precisa de lo que es posible y de lo que no lo es. Un profesor dirá:

"Suprimir los exámenes? Nunca. Se los puede transformar, ipero no suprimir!". ¿Por qué? Porque él ha pasado exámenes durante la mitad de su vida.

A menudo la clase obrera ha imaginado nuevos medios de lucha, pero siempre en función de la situación precisa en la cual se encontraba. En 1936 inventó la ocupación de las fábricas porque ésta era la única arma que tenía para consolidar y para sacar provecho de una victoria electoral. Ustedes tienen una imaginación mucho más rica, y las fórmulas que se leen en las paredes de la Sorbona lo prueban. Algo surge de ustedes que asombra, que arrastra, que niega todo lo que ha hecho de nuestra sociedad lo que es actualmente. Eso es lo que yo llamaría la extensión del campo de los posibles. No renuncien a ello. 🐱

*Tomado del número especial del 20 de mayo de 1968 de *Le Nouvel Observateur*. Sartre, los intelectuales y la política. Compilación de B. Echeverría y C. Castro. Siglo XXI Editores. Colección Mínima. No. 18. Primera edición. México, D. F. 1968. Páginas 15 a la 28.



Fernando Reyes Varela